

Compartir mesa emocional y espiritual

José Carlos Bermejo
Director general del
Centro de Humanización
de la Salud Religiosos
Camilos y delegado
superior de los Religiosos
Camilos en España
www.humanizar.es

Quizás asistimos a un despertar de lo espiritual, a la vez que a un desprestigio de la dimensión religiosa del ser humano. En diferentes contextos experimentamos sensibilidades hacia lo más íntimo del corazón, hacia lo intangible.

Con Dios o sin Dios, muchas personas sienten que, en las situaciones de fragilidad, especialmente, cuando nos cuidamos unos a otros, profesionalmente o desde vínculos familiares o de ciudadanía, es necesaria una mirada integral, multidimensional, donde lo espiritual ocupe su lugar correspondiente para humanizar la mirada.

Acompañar viene del latín: *cum-panis*. Su significado tiene relación simbólica con lo que podríamos expresar así: “comer pan juntos”, sentarse a la mesa emocional y espiritual del otro, particularmente cuando sufre, cuando está enfermo él o su familia, e intercambiar cuanto hay en ella: sentimientos, deseos, preocupaciones, esperanzas...

Acompañar en los sentimientos y esperanzas del otro pasa entonces por hacer un camino con el que

sufre, yendo a su ritmo, acompasando las notas musicales del mundo interior.

Acompañar comporta “hacerse cargo” de la experiencia ajena, dar hospedaje en uno mismo al sufrimiento del prójimo, así como disponerse a recorrer el incierto camino espiritual de cada persona, con la confianza de que la compañía sana (que significa también “saber no estar”), ayuda a superar la soledad, genera comunión y salud en el sentido holístico, global, integral.

Quien sabe acompañar, en efecto, genera salud. Consigue, con su discreta presencia, un mayor confort físico, una mayor estabilidad emocional, una compañía para compartir las preguntas por el sentido, las inquietudes y malos momentos que conlleva la enfermedad. Quien sabe acompañar mata la soledad con su delicada presencia, se mete en los

Los centros educativos, lugares privilegiados para el acompañamiento espiritual

Integrar el acompañamiento espiritual en las escuelas es, sin duda, tal y como nos hace reflexionar José Carlos Bermejo, un gran desafío, especialmente para nuestras escuelas católicas en las que se atiende la globalidad de la persona y donde la espiritualidad se considera una dimensión esencial. En esta realidad de incertidumbre existencial que nos ha tocado vivir, el acompañamiento espiritual en los centros educativos debe contribuir a ayudar a alumnos, profesores y familias a que construyan proyectos personales de sentido. Pero, tal y como nos decía Xabier Azkoitia, responsable del Servicio de

Atención Espiritual y del Voluntariado del Centro San Camilo en una formación organizada por Escuelas Católicas, siendo los centros educativos lugares privilegiados para el acompañamiento espiritual, este acompañamiento no se puede hacer de cualquier manera. Para acompañar hay que tener, por un lado, conocimientos teóricos, hay que poseer habilidades, destrezas y técnicas relacionales; y por otro, actitudes (empatía, autenticidad, congruencia...), y todo ello nos exige aprender habilidades de escucha, respuesta empática, personalización, incitación a la acción...



Si queremos acompañar tenemos que poseer conocimientos de espiritualidad, de sufrimiento, de psicología de la educación, *counselling*... porque acompañar no es dar tus valores a los demás, sino convertirte en “líquido revelador”, como señalaba Xabier Azkoitia, “para ayudar a revelar los valores

zapatos de su prójimo, se acomoda a su perspectiva y se sienta a su mesa personal con todos los sentidos en clave de servicio. El que acompaña no dirige, sino que camina al lado; no impone, sino que insinúa; no aconseja, sino discierne en común.

La dimensión espiritual

La dimensión espiritual y la dimensión religiosa, íntimamente relacionadas e incluyentes, no son necesariamente coincidentes entre sí. Mientras que la dimensión religiosa comprende la disposición y vivencia de la persona, de sus relaciones con Dios dentro del grupo al que pertenece como creyente y en sintonía con modos concretos de expresar la fe y las relaciones, la dimensión espiritual es más vasta, abarcando además el mundo de los valores y de la pregunta por el sentido último de las cosas, de las experiencias.

La dimensión espiritual, pues, abarca la dimensión religiosa, la incluye en parte. En ella podemos considerar como elementos fundamentales todo el complejo mundo de los valores, la pregunta por el sentido último de las cosas, las opciones fundamentales de la vida (la visión global de la vida). Hay quien habla de espiritualidad en términos operativos: la capacidad de trascender las realidades de funcionamiento de uno (física, sensorial, racional y filosófica), a fin de amar y ser amado dentro de la propia comunidad, para dar significado a la existencia y manejarse con las exigencias de la vida.

Cada vez se es más consciente de la importancia de la detección de las necesidades espirituales

Si bien contamos con “ministros” religiosos para atender la dimensión espiritual y religiosa de los que se adhieren a un grupo determinado, la dimensión estrictamente espiritual no es tarea exclusiva de los así llamados “agentes de pastoral”

(sacerdotes, pastores, capellanes, religiosos, seglares), sino que es tarea de todo profesional estar atentos a la dimensión espiritual de las personas a las que acompañamos o ayudamos en el ámbito educativo.

Cada vez se es más consciente de la importancia de la detección de las necesidades espirituales. Se va abriendo camino, justamente promovido por la filosofía de los cuidados, un estilo relacional que se define como holístico, centrado en la persona, integral, donde se contemplan las necesidades que tienen que ver con la dimensión física, la intelectual, la emotiva, la social o relacional y la espiritual.

Algunas respuestas a las necesidades espirituales (necesidad de ser reconocido como persona, de amor, de releer la propia vida, de sentido, de establecer la vida en un más allá, de continuidad, de esperanza, de expresar sentimientos religiosos o de poner orden) están tomando cuerpo de manera entrañable en los Centros de Escucha, donde se presta atención especialmente al mundo del corazón, intentando promover una solidaridad compasiva que empodere a la persona en el compromiso por llevar una vida plena.

El mundo educativo tiene ante sí también el desafío de generar dinámicas de escucha empática para ayudar en el sufrimiento. No estaría de más que nacieran programas de escucha para acompañar en el desarrollo humano y espiritual de los jóvenes. 

del otro”, lo que implica compromiso, aceptación y entrega.

En opinión de este experto, el acompañamiento requiere además establecer una relación de confianza e intimidad que permita la intervención; explorar y conocer las necesidades y recursos de la persona que sufre; y realizar una intervención compasiva orientada a facilitar la aceptación y la entrega. En la escuela los acompañadores deben además promover en el proceso educativo de sus alumnos la “búsqueda apasionada del sentido de la vida” empleando para ello, según indicaba Azkoitia, las cuatro vías de conexión con lo espiritual: el arte, la naturaleza, la región-oración y el encuentro interpersonal.

Los jóvenes -nos decía Azkoitia- en su proceso educativo nos están pidiendo que

les acogamos hospitalariamente, que cuando estemos con ellos estemos plenamente presentes (les escuchemos) y que, además, lo estemos compasivamente. Por tanto, acompañar no es dirigir, no es adoctrinar, no es psicoterapia, no es ayudar a huir de la experiencia de sufrimiento, sino “dar voz a sus preguntas y vida a sus respuestas”.

Todos los días en los centros educativos se viven experiencias de pérdida (de cualquier tipo), de duelo... entre alumnos, profesores y familias, por lo que se hace necesario abrir espacios y tiempos de vivencia y escucha competente más allá del ámbito de la orientación o de la tutoría, donde los educadores además sean capaces de identificar, diagnosticar y derivar a esos espacios de escucha aquellos procesos de pérdida que requieren un acompañamiento. Y debe hacerse de modo

permanente, abarcando la dimensión humana y creyente, con suavidad, pero con la intención de provocar cambios, y a través de la mediación.

En definitiva, tanto José Carlos Bermejo como Xabier Azkoitia lanzan a los centros educativos un desafío, sin duda, apasionante y necesario que pasa por incorporar los procesos de acompañamiento en su desempeño, cualificando al profesorado para ello, creando espacios de escucha competente más allá del ámbito de la orientación, siendo ejemplo y testimonio de valores, con el objetivo último de ayudar a los alumnos a que “construyan proyectos personales de sentido con otros y para otros en instituciones que sean justas”. ¿Aceptáis el reto?

Eva Díaz

Dpto. de Comunicación de EC